

La calle de D. Juan López Rodríguez. O Compleción
("El Día Gráfico" Barcelona, 17 octubre 1914). #48

Me encontraba en una de mis correrías por tierras de España en una modesta capital de provincia, sea Villamansa, y recorriéndola con un amigo mío y vecino de ella, hubimos de llegar a una calle que llevaba en su rótulo un nombre vulgarísimo de persona para mí absolutamente desconocida, sea, v. gr., calle de don Juan López Rodríguez. Me volví a mi amigo y le pregunté:

—¿Quién era ese don Juan López Rodríguez?

—No era, es—me respondió.

—Pues bien, ¿quién es él?

—Un rico propietario.

—¿Y qué ha hecho para que le pongan a esta calle su nombre?

— Como hacer, él no ha hecho nada. Pero otros hicieron las casas de esta calle y él las compró todas. Y como todas, absolutamente todas, las casas de esta hermosa calle son de él, hé aquí porque se dice que es la calle de don Juan López Rodríguez.

Y entonces comprendí que pocas veces ha llevado una calle con mejor motivo el nombre de un oscuro, oscurísimo ciudadano. Si era de él la calle, justo es que llevase su nombre. Peor habría sido que se tratase de una de esas celebridades provincianas cuyos nombres, borrados de la memoria hasta de sus convecinos, luego que mueren los que les conocieron personalmente, no perduran más que en los rótulos de algunas calles.

En este arte de immortalizar callejeramente a honrados ciudadanos que al morir tenían amigos en el Concejo municipal, se distingue sobremedera esta ciudad de Salamanca en que vivo y obro. Lo malo es que debajo del rótulo en que figura el nombre del héroe epónimo de la calle no pongan una pequeña nota explicativa para ilustración de los profanos.

Cuando se empezó el ensanche de Bilbao, a raíz de la última guerra carlista y empezaron a abrir calles nuevas, encargaron a don Antonio de Trueba—el en un tiempo famoso Antón el de los Cantares—que se procurara por los campos de la historia vascongada una remesa de héroes y de ingenios para colocar sus nombres en las calles. Y al ingénuo Antón se le ocurrió añadir a los nombres una pequeña aliteración alusiva a las hazañas u obras que el héroe o el ingenio hubiese llevado a cabo. Y en los primitivos rótulos de las primeras calles



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES

del Ensanche de Bilbao aparecieron esas aleluyas. Y qué falta hacen en casos análogos!

No aleluya, precisamente, pero sí una brevísima mención biográfica, vi este verano en

un rótulo de una avenida del pequeño pueblo de Buarcos, perteneciente al municipio de Figueira da Foz, en Portugal. Y es que decía así: «Largo do Dr. Thomaz d'Aquino de Carvalho-Lente de mathematica, 1789-1868». (En portugués «dente»—esto es «deente», leyente o lector—significa catedrático). De aquel honrado pueblecito de pescadores, donde veraneaba antaño el obispo de Vico y ogaño el presidente de la República, salió a fines del siglo XVIII un rapaz tan aplicado o tan despierto que llegó nada menos que a catedrático de matemáticas de la Universidad de Coimbra—ahí es nada la cosa!—y los descendientes de sus convecinos no quieren que se olvide la hazaña.

No sirve, por lo demás, querer burlarse de estas cosas. La celebridad es una cosa muy complicada, y todo lo que se gana en extensión suele perderse en intensidad. Cuando en la pasada Semana Santa me dirigía yo con un amigo y compañero a visitar el Real Monasterio de Santo Domingo de S. I. S., según íbamos camino de Huertas nos preguntaron tres o cuatro veces: «¿ustedes irán a ver a don Julián Muñoz ¿eh? ¿Qué habrían dicho si les hubiésemos manifestado que no sólo no conocíamos a don Julián Muñoz, el cacique político de la comarca, pero que ni siquiera habíamos oído nunca hablar de él, como así era la verdad del caso?»

No está, pues, mal que se dediquen calles a las celebridades locales. Es, acaso, mejor, que el que encontremos en todos los pueblos los inevitables nombres de Colón, Velázquez, Cervantes, Calderón, Castelar, etc., etc. Y me han asegurado que en Agreda había en una calle un rótulo que decía: «calle de Cervantes (don Miguel)»; y no sé por qué no añadieron: «autor del Quijote», y luego las dos fechas del año de su nacimiento y el de su muerte. Hay que aprovechar todas las ocasiones para pedagogizar.

Y por lo que hace a la celebridad callejera, mis lectores acaso conozcan aquel cuento que viene al caso como anillo al dedo. Y es el de los tres peluqueros. Llegó uno, y al establecerse añadió a su nombre: «el mejor peluquero de la ciudad»; vino un segundo, establecióse en la misma calle y puso



bajo su nombre: «el mejor peluquero del reino»; y al llegar a establecerse en la misma calle un tercer peluquero, no le quedó ya otro recurso que llamarse «el mejor peluquero de la calle».

De buena gana contaría ahora cómo en el mismo Figueira de Foz, a poco del fusilamiento de Ferner, cambiaron el nombre de una de las vías antiguas de la ciudad, la rua de Santo Antonio, llamándole rua Francisco Ferrer, y cómo luego ha cambiado en rua doctor Rocha, una celebridad local y no innerecida. Pero esto sería entrar en otros campos, campos de comedia también mas con derivaciones a otros.

Dan, sin duda, a las pequeñas poblaciones, un mayor aire de ingenua provincianidad esos nombres de celebridades puramente locales, y a las veces de barrio, ostentándose en los rótulos de las calles y es mejor la calle del doctor Pérez Ruíz o del coronel García Martín, héroe de Fuentefría, que no la calle de Cortés, o de Lope de Vega, o de Riego, y desde luego nada más propio que eso de calle de don Juan López Rodríguez, cuando es realmente suya, pero yo prefiero la calle del Gato, o del Perro, o del Abad, o de la Alcaldesa, o de los Pelligueros, o del Palomo, sobre todo cuando se ha olvidado la historia o la leyenda que dió nombre a la calle. ¿Hay nada más bonito que la calle del Lobo-hambre, es decir, del «ovo-hambre» —hubo hambre— como se llama una de esta vieja ciudad de Salamanca?

Pero vivimos en tiempos de democracia—dicen—y apenas pasa por un Concejo concejal alguno, sobre todo si es democrático, que no aspire a dejar su nombre a una calle. Ya que no pueda hacerla suya, como es suya la calle de don Juan López Rodríguez

Miguel de Unamuno.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES